

Otra(-)mente/Otherhow

DOI: <https://doi.org/10.22201/ffyl.01860526p.2001.10.831>

Marina FE, coord., *Otramente: lectura y escritura feministas*. México, PUEG/FFyL/FCE, 1999.

My mother had more magic
in her thumb
than the length and breadth
of any magician

Grace Nicols

En nuestros tiempos de posfeminismo(s) podría parecer un poco anacrónico hablar de los feminismos de los años ochentas. Sin embargo, los ensayos incluidos en *Otramente: lectura y escritura feministas* surgen, en parte, del deseo de leer, interpretar y apreciar las literaturas desde perspectivas teóricas alternativas, que nos conducen al posfeminismo, un término problemático por dos razones principales. Por un lado, algunas autoras sostienen que el término surgió en el periodo entre el logro del voto —en varios países australasianos, europeos y en Estados Unidos de América— y la llamada segunda ola del feminismo en los sesentas. Por otro lado, existe la concepción “popular” del posfeminismo como resultado de la apropiación del término por los medios de comunicación. En este sentido, el posfeminismo, siempre asociado con Backlash, escrito por Susan Faludi, es una tendencia de finales de los ochentas en adelante, que muchas veces expresa hostilidad hacia las feministas y sus pioneras, tales como Mary Wollstonecraft y Virginia Woolf.¹

Por esta razón, la penúltima década del siglo XX constituye un periodo muy significativo en la historia de la lectura y escritura feministas. En 1973, Harold Bloom —quien se ha hecho aún más renombrado por las reinter-

¹ Cf. Ann BROOKS, *Postfeminisms. Feminism, cultural theory and cultural forms*. Nueva York/Londres, Routledge, 1997.

pretaciones feministas de su obra— había afirmado que el crítico participa en el mismo acto de “guerra defensiva” que el poeta, puesto que los dos se involucran en “malas interpretaciones” o *misprisions*, que les causan angustia. Al leer, en un sentido amplio, “estamos haciendo hincapié, sostiene Annette Kolodny en 1980, en estrategias interpretativas aprendidas, históricamente determinadas, y, por lo tanto, necesariamente marcadas por el género [sexual]”.² Esta revelación anima a las críticas feministas a cuestionar el canon, la tradición literaria, histórica y sociocultural, y la necesaria diferencia de perspectiva, aspectos explorados, por ejemplo, en los excelentes estudios de Sandra Gilbert y Susan Gubar acerca de la literatura escrita por mujeres angloamericanas en los siglos XIX y XX. Al iniciar este proyecto podríamos encontrarnos ante la llamada “página en blanco”.³ Sin embargo, las autoras antologadas nos incitan a “leer nosotras mismas”, en palabras de Patrocinio P. Schweickart,⁴ con el fin de “escribir como mujeres”, como nos explica Peggy Kamuf⁵ y nos demuestra Rachel Blau DuPlessis en “Otramente”, el escrito que inspira el título: “Soy un género hecho por la escritura; soy un género leído en la escritura”.⁶

Estos discursos críticos feministas sobre literatura, cultura y sociedad se ampliaron enormemente en los ochentas, ya que las feministas que pertenecían a las corrientes dominantes se volvieron más conscientes de las ventajas del estudio interdisciplinario, de la fuerza y viabilidad de las modalidades empleadas por los grupos marginados dentro de sus propios contextos, y de otras formas de resistencia en los países en desarrollo. Algunas aceptan su visión centrípeta y otras la cuestionan: cualquiera que sea su postura, queda claro que cada persona debe tomar una posición y que ésta es necesariamente política.

Este libro se ocupa del desarrollo del pensamiento feminista de Estados Unidos de América en las últimas décadas. Puesto que las autoras alcanzaron la edad adulta en los sesentas, los textos forman parte de un proceso continuo de redefinición que empezó a tomar una forma precisa a mediados

² Annette KOLODNY, “Un mapa para la relectura”, trad. de Marina FE, en Marina FE, coord., *Otramente: lectura y escritura feministas*. México, PUEG/FFYL/FCE, 1999, p. 154.

³ Susan GUBAR, “‘La página en blanco’ y los problemas de la creatividad femenina”, trad. de Julia CONSTANTINO, en M. FE, coord., *op. cit.*, p. 51.

⁴ Patrocinio P. SCHWEICKART, “Leyéndo(nos) nosotras mismas: hacia una teoría feminista”, trad. de Claudia LUCOTTI, en M. FE, coord., *op. cit.*, pp. 112-151.

⁵ Peggy KAMUF, “Escribir como mujer”, trad. de Claire JOYSMITH, en M. FE, coord., *op. cit.*, pp. 204-227.

⁶ Rachel BLAU DUPLESSIS, “Otramente”, trad. de Nattie GOLUBOV, en M. FE, coord., *op. cit.*, p. 264.

de los setentas. Durante este periodo, las feministas lesbianas, afroestadounidenses y otras también comenzaron a hacerse oír. Sus estudios insisten en preservar el papel del autor-texto, abandonado por el postestructuralismo, como una fuente de significación textual, ya que es de importancia política crucial. Por ejemplo, Bonnie Zimmerman opina que la tarea primordial para las críticas lesbianas es hacer oír sus distintas voces desarrollando “una perspectiva lesbiana singular y estableciendo un canon de textos lésbicos pasados y presentes”,⁷ mientras que Barbara Smith exhorta a las escritoras afroestadounidenses a “pensar y escribir a partir de su propia identidad y a no tratar de injertar las ideas blancas/masculinas o su metodología literaria”.⁸ El que las autoras lésbicas o afroestadounidenses escriban de una manera diferente no se debe a su preferencia sexual o a su color de piel, sino “a las distintas posiciones individuales construidas”⁹ por ser lesbiana o negra en una sociedad blanca y heterosexual.

Después de una década de búsqueda y empirismo, las críticas feministas se volvieron mucho más abiertas en los ochentas, lo que llevó a un cuestionamiento interno y a un cambio de enfoque. Se nota un desarrollo en el rigor teórico —hasta hacerse incomprensible a veces, como en el caso de la importantísima voz de Gayatri Chakravorty Spivak. De la clausura gradual de los gloriosos departamentos de estudios de la mujer surgió una nueva apertura hacia los estudios de género, es decir, el acondicionamiento sociocultural que todos experimentamos. El cambio mismo de la categoría de sexo a la de género permitió a las feministas explorar nuestro acondicionamiento sociohistórico, cultural y literario, y las representaciones de los seres humanos de una manera más significativa; sin embargo, provocó más preguntas, entre las cuales podemos mencionar los temas de “los hombres en el feminismo” y la apropiación por parte de las feministas de los modelos teóricos masculinos. El primero ha dado lugar a una acalorada discusión con implicaciones políticas y esencialistas. Aunque ninguna mujer en sus cinco sentidos podría afirmar que sólo ella experimenta la opresión múltiple, los hombres que quieren involucrarse en la crítica feminista no pueden darse el lujo de ignorar “las implicaciones de ese debate [...] para su postura

⁷ Bonnie ZIMMERMAN, “What Has Never Been: An Overview of Lesbian Feminist Criticism”, en Elaine SHOWALTER, ed., *The New Feminist Criticism*. Nueva York, Pantheon Books, 1985, p. 204.

⁸ Barbara SMITH, “Toward a Black Feminist Criticism”, en E. SHOWALTER, ed., *op. cit.*, p. 175.

⁹ Catherine BELSEY y Jane MOORE, eds., *The Feminist Reader. Essays in Gender and the Politics of Literary Criticism*. Basingstoke, Macmillan Education, 1989, p. 16.

crítica".¹⁰ "Ser una mujer/una escritora es un acto político/poético", sostiene DuPlessis.¹¹

Sin embargo, el cambio de enfoque hacia los estudios de género nos ha hecho reconsiderar, aunque en términos distintos, la importancia de comprender la ubicación de cada individuo, sus circunstancias y opresiones. El énfasis en el individuo, como parte de una colectividad con todas sus diferencias, y en el cuerpo como un medio de ubicación ha sido central para la crítica literaria feminista de los ochentas en Estados Unidos. Los principios del feminismo se descentralizan gradualmente, y como en el caso del retorno a la narrativa autobiográfica —los escritos de DuPlessis y Adrienne Rich, por ejemplo— se individualizan de una manera estimulante porque siempre toman en cuenta a la colectividad.

En cuanto a la teoría, Nina Baym, coeditora de la antología *Norton Anthology of American Literature*, argumenta que la teoría feminista, basándose en teorías de moda entre los varones como la desconstrucción y el marxismo, "se dirige a un público masculino de académicos prestigiosos e intenta granjearse su respeto".¹² Es cierto: las feministas se han apropiado de estas prácticas teóricas, entre otras; parecería un error fatal si detectamos, como Baym, que son "irremediabilmente misóginas". ¿Cómo salir del *impasse*? Los ensayos antologados proponen varias respuestas.

Algunas teóricas vinculan, por lo menos, otros tres temas candentes del discurso crítico feminista con el hecho de su institucionalización en los ochentas: "el debate sobre el 'feminismo francés' o la teoría postestructuralista, la discusión sobre si la crítica feminista debe ser el estudio de las escritoras, y las asperezas y culpa en torno a la cuestión de la raza hacia y por parte de las feministas blancas".¹³ Los feminismos toman el lugar del feminismo. Las discusiones en todos los ámbitos son intensas y abiertas: en la teoría y la crítica literaria feministas, la idea de conclusión, descartada hace tanto tiempo por los escritores y las escritoras, finalmente desaparece de los estudios. La práctica de la lectura y la escritura feministas en todos

¹⁰ Janet TODD, *Feminist Literary History*. Cambridge, Polity Press, 1988, p. 134.

¹¹ R. BLAU DUPLESSIS, "Otramente", trad. de N. GOLUBOV, en M. Fe, coord., *op. cit.*, p. 261.

¹² Nina BAYM, "La loca y sus lenguajes: por qué no hago teoría feminista", trad. de Flora BOTTON BURLÁ, en M. Fe, coord., *op. cit.*, p. 52.

¹³ Jane GALLOP, *Around 1982. Academic Feminist Theory*. Londres, Routledge, 1992, p. 6.

los niveles abarca, como sostiene Mary Jacobus,¹⁴ la *jouissance*, la pluralidad y el estudio interdisciplinario.¹⁴

Para algunas quizás. Sin embargo, existe una gran falla en esta antología. La teoría y crítica literaria han ganado mucho en alcance, profundidad y flexibilidad gracias al lento despertar a los discursos y retos proporcionados por las feministas afroamericanas, lesbianas y chicanas, entre otras: “No ‘otredad’ en un sistema binario, sino ‘otramente’ como las múltiples posibilidades de una praxis”, dice DuPlessis. Eran marginadas por la corriente dominante y donde aparecen sus voces en estos ensayos es en notas a pie de página —el símbolo por excelencia de la marginación—, aunque su presencia hace “del original una historia diferente” y constituye “otro texto”.¹⁵ Queda mucho por hacer para rescatar esa década tan determinante.

Como cualquier antología, *Otramente...* corre riesgos inevitables en la selección del material, así como en la traducción, el proceso de recrear el texto original en otro espacio lingüístico, literario, sociohistórico y cultural con todos los desafíos que presenta la terminología feminista. En estas traducciones espléndidas se nota que de ninguna manera pretenden encerrar la historia completa o anticipar su final. Al contrario, reproducen algunas piezas de un gran rompecabezas que trata de no padecer de tokenism, piezas que son, en las palabras de Arundhati Roy, “como signos de interrogación que vagan por las páginas de un libro y nunca se asientan al final de una oración”.¹⁶ Aunque nos encontramos ahora en la era posfeminista, vale la pena recordar las sabias palabras de Julia Kristeva en “Women’s Time”, cuando delinea las diferentes “etapas” de los feminismos: “cada etapa se superpone a otra y coexiste con ella”.¹⁷

Charlotte BROAD

¹⁴ Mary JACOBUS, “La visión diferente”, trad. de Eva CRUZ, en M. Fe, coord., *op. cit.*, pp. 228-242.

¹⁵ R. BLAU DUPLESSIS, “Otramente”, trad. de N. GOLUBOV, en M. Fe, coord., *op. cit.*, p. 260.

¹⁶ Arundhati ROY, *The God of Small Things*. Londres, Flamingo, 1998, p. 72.

¹⁷ Julia KRISTEVA, “Women’s Time”, trad. de Alice JARDINE y Harry BLAKE, en *The Kristeva Reader*, editado por Toril MOI. Oxford, Basil Blackwell, pp. 187-214.